

me? exclama Owen con insolencia sin igual.

Esta atroz pregunta le salva la vida. Roberto Kurtis tira el hacha que tenía ya levantada sobre Owen, y pálido como un difunto va á sentarse á popa.

XXXIX.

HORRIBLES PRIVACIONES.—EL MAYORDOMO HORWART.—MR. LETOURNEUR.—RESISTO A LA TENTACIÓN.

5 y 6 de Enero.

Esta escena nos ha causado una impresión profunda. La exclamación de Owen, dadas las circunstancias en que nos encontramos, es para abatir á los mas enérgicos.

Cuando he recobrado alguna tranquilidad, he dado las gracias al joven Letourneur por su intervención, que me ha salvado la vida.

—Usted me dá las gracias, responde, cuando quizá debería maldecirme.

—¿Por qué Andrés?

—Porque no he hecho más que prolongar su suplicio.

—No importa, señor Letourneur, dice entonces miss Herbey que se ha acercado, ha cumplido usted con su deber.

El sentimiento del deber sostiene continuamente á esta joven. Está debilitada por las privaciones; sus vestidos, empapados en agua y desgarrados por los choques, cuelgan miserablemente de su cuerpo, pero ni una queja se escapa de su boca y no se dejará abatir.

—Señor Kazallon, me pregunta, ¿estamos destinados á morir de hambre?

—Sí, miss Herbey, respondo brutalmente.

—¿Cuánto tiempo se puede vivir sin comer? pregunta.

—Más de lo que se cree, quizá muchos é interminables días.

—Las personas fuertes padecen más, ¿no es verdad? vuelve á preguntar.

—Sí, pero mueren más pronto. Es una compensación.

¿Cómo he podido responder con esta dureza á la pobre joven? ¡Cómo! ¿No he encontrado una sola palabra de esperanza que dirigirle? ¿Le he arrojado la verdad brutal á la cara? ¿Por ventura se ha extinguido en mí todo sentimiento de humanidad? Andrés Letourneur y su padre que me oyen, me miran varias veces fijamente, con sus grandes ojos dilatados por el hambre. Se preguntan si soy yo, en efecto, el que habla así.

Pocos instantes después, cuando estamos solos, miss Herbey me dice en voz baja:

—Señor Kazallon, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Sí, señorita, he respondido con emoción, esta vez dispuesto á hacer todo lo que pudiera por la joven.

—Si muero antes que usted, continúa miss Herbey, lo cual puede suceder, aunque soy más débil, prométame usted arrojar mi cuerpo al mar.

—Mis Herbey, pido á usted perdón, por.....

—No, no, añade medio sonriéndose, usted ha tenido razón para hablarme así, pero prométame hacer lo que le pido. Es una debilidad; no temo nada mientras esté viva...pero, muerta...Prométeme usted arrojarme al mar.

Se lo prometo. Mis Herbey me tiende su mano y siento sus dedos enflaquecidos estrechar débilmente los míos.

Ha pasado otra noche. En algunos instantes mis padecimientos son tan atroces, que se me escapan gritos de dolor; después se calman y quedo sumergido en una especie de estupor. Cuando vuelvo en mí, me admiro de encontrar á mis compañeros todavía vivos.

El que parece sufrir mejor las privaciones entre todos nosotros es el mayordomo Hobbart, del cual se ha hecho poca mención en estas líneas. Es un hombrecillo de fisonomía ambigua y mirada cariñosa, y con frecuencia se sonríe con

una de esas sonrisas que no mueven más que los labios, que lleva los ojos medio cerrados, como si quisiera disimular sus pensamientos y cuya persona toda respira la falsedad. Juraría que es un hipócrita; y en efecto, si he dicho que las privaciones no han producido grande efecto sobre él, no es porque deje de quejarse. Al contrario, gime sin cesar, pero no sé por qué sus gemidos me parecen mentira. Ya veremos; vigilaré á ese hombre porque tengo de él sospechas que convendrá aclarar.

Hoy 6 de Enero, Mr. Letourneur me llama aparte, y llevándome á popa me manifiesta la intención de hacerme una comunicación secreta. Desea no ser visto ni oído.

Me dirijo al ángulo de babor y como empieza á caer la noche nadie puede vernos.

—Señor Kazallon, me dice en voz baja Mr. Letourneur. Andrés está muy débil, mi hijo se muere de hambre, y yo no pue-

do resistir mas tiempo semejante espectáculo. No, no quiero verlo.

Mr. Letourneur me habla con un tono en que advierto la espresión de la cólera contenida y su acento tiene algo de salvaje. ¡Ah, comprendo todo lo que este padre debe padecer.

—Señor Letourneur, le digo, tomándole la mano, no perdamos la esperanza. Algún buque...

—No vengo, dice el padre, interrumpiéndome, no vengo á pedir á usted consuelos vulgares. No pasará ningún buque, ya lo sabe usted. Se trata de otra cosa. ¿Cuántos días hace que mi hijo, usted mismo y los demás no han comido?

A esta pregunta, que me admira, respondo:

—Desde el 2 de Enero se concluyó el bizcocho; estamos á 6, es decir que van cuatro días que...

—Que no han comido ustedes, respon-

de Mr. Letourneur. Pues bien, para mí van ocho.

—¡Ocho días!

—Sí, he economizado para mi hijo.

Al oír estas palabras se escapan las lágrimas de mis ojos; me apodero de las manos de Mr. Letourneur... apenas puede hablar. Le miro... ¡ocho días!

—Señor Letourneur, le digo en fin; ¿qué quiere usted de mí?

—Silencio, no hable usted tan alto; que nadie nos oiga.

—Pero, diga usted.

—Quiero... dijo bajando la voz, deseo que ofresca usted esto á Andrés...

—¿Pero, usted mismo no puede?...

—No, no... creería que me he privado del alimento por él y lo rechazaría. No; es preciso que lo reciba de usted.

—¡Señor Letourneur!

—Por compasión, hágame usted este servicio.....

El mayor que puedo pedir á usted en

este momento..., además...por su trabajo de usted...

Diciendo esto, Mr. Letourneur me toma la mano y la acaricia suavemente.

—Por su trabajo de usted, sí..., podrá usted tomar..., un poco.

¡Pobre padre! al oírle tiemblo como un niño. Todo mi ser se estreme y mi corazón palpita como si quisiera romperse. Al mismo tiempo, siento que Mr. Letourneur me introduce en la mano un pedacito de galleta.

—Tenga usted cuidado de que nadie le vea, me dice porque esos mónstruos le asesinarían. No lleva usted más que para un día...pero, mañana..., le daré á usted otro tanto.

El desgraciado descolfia de mí. Y quizá tiene razón, porque cuando siento el pedazo de bizcocho entre mis manos, estoy á punto de llevármele á la boca.

He resistido, y los que me lean comprenderán, sin duda, todo lo que mi pluma no podría expresar aquí.

Ha llegado la noche con la rapidez especial de las latitudes bajas. Me acerco á Andrés Letourneur y le presento el pedacito de galleta como ofrecido por mí á él.

El joven lo coge con ansia. Después dice:

—¿Y mi padre?

—Le respondo que Mr. Letourneur ha recibido también su parte y yo la mía... que mañana..., los días siguientes, podré sin duda, darle más..., que coma, que coma.

Andrés no me ha preguntado de donde procedía este bizcocho y le ha llevado ávidamente á sus lábios.

Y este día, á pesar de la oferta de Mr. Letourneur no he comido nada...nada.

XL.

LOS PIES EN CARNE VIVA.—ALIMENTO REPUGNANTES.—MUERE EL TENIENTE WARTER.

7 de Enero.

Desde hace algunos días el agua de mar, que cubre casi incesantemente la plataforma de balsa cuando se levanta el oleaje, ha destrozado la piel de los pies y de las piernas de algunos marineros que los tienen en carne viva. Owen, à quien el contramaestre ha tenido atado à proa desde la escena del motín, se encuentra en un estado deplorable. A petición nuestra se le quitan las ligaduras. Sandon y Burke tienen también los pies y las piernas en el mismo estado por la acción del agua salad, y si los demás nos

hemos preservado hasta aquí, es porque la popa de la balsa está menos combatida por las olas.

Hoy el contramaestre, presa de un furor famélico, se ha arrojado sobre pedazos de vela y virutas de madera. Oigo el ruido de sus dientes que se incrustan en esas sustancias. El infeliz, impulsado por una hambre horrible, trata de llenar su estómago para dar tensión à la mucosa; en fin, à fuerza de buscar encuentra uno de los palos que sostiene la plataforma un poco de cuero. Este cuero es una materia animal; lo arranca y lo devora con grande avidez, pareciendo que su absorción le proporciona algún alivio. Todos tratamos de imitarlo. Un sombrero de cuero cocido, la visera de las gorras, todo lo que es sustancia animal pasa à nuestros estómagos es un instinto bestial que nos arrastra y que nadie podría reprimir. En este instante parece que no tenemos nada de humano. Jamás olvidaré esta escena.

Si el hambre no ha quedado satisfecha, sus tormentos á lo menos se han calmado por un instante. Pero algunos de nosotros no han podido soportar este alimento repugnante y han experimentado náuseas.

Perdónenseme estos pormenores. No debo olvidar nada de lo que han padecido los náufragos del *Chancellor*. Por esta relación se sabrá todo lo que pueden sufrir seres humanos en punto á miserias morales y físicas. Esta será la enseñanza de mi diario, y por eso lo diré todo. Por desgracia preveo que no hemos llegado todavía al máximo de nuestros padecimientos.

Una observación que he hecho durante esta escena confirma mis sospechas acerca del mayordomo. Este, sin dejar de gemir y suspirar, y aun exagerando sus sollozos, no ha tomado parte en ella. A creerle se muere de inanición, y sin embargo, al verle se dirá que está exento de los tormentos comunes. ¿Tiene este

hípocrita alguna reserva secreta, de la cual saca todavía alimento? Le he vigilado pero no descubierto nada.

El calor continúa siendo fuerte y hasta insoportable cuando no le templá la brisa. La ración de agua es ciertamente insuficiente, pero el hambre mata en nosotros la sed. Y cuando pienso que según dicen la falta de agua nos haría padecer todavía más que la de víveres, no puedo creerlo, ó á lo menos imaginarlo en este momento. Sin embargo, con frecuencia se ha hecho esta observación: quiera Dios que no nos veamos reducidos á este nuevo extremo.

Por fortuna quedan algunas azumbres de agua en la barrica rota por la tempestad, y la segunda barrica está todavía intacta. Aunque nuestro número se ha disminuido, el capitán, no obstante ciertas reclamaciones, ha reducido la ración cotidiana á un cuartillo por persona. Yo apruebo esta disposición.

En cuanto al aguardiente, no queda

más que una azumbre que ha sido puesta en lugar seguro á popa de la balsa.

Hoy 7, á las siete y media de la tarde, uno de nosotros ha dejado de existir: no somos ya más que catorce. El teniente Walter ha espirado en mis brazos, y ni los cuidados de miss Herbey ni los míos han podido hacer nada en su favor..... Sus padecimientos han cesado.

Algunos momentos antes de morir Walter nos ha dado gracias á miss Herbey y á mí con una voz que apenas podíamos oír.

—Señor Kazallon, ha dicho dejando caer de su mano temblorosa una carta arrugada, esta carta...de mi madre...no tengo fuerzas...es la última que he recibido... Me dice: "Te espero, hijo mío, y quiero volverte á ver." No, madre, no me verás más. Señor Kazallon, esta carta...póngala usted en mis labios...así, así...para que muera besándola...¡mi madre!...¡Dios mío!...

He puesto la carta del teniente Walter en su mano propia y la he acercado á sus labios. Su mirada se ha animado un instante y hemos oído como el leve ruido de un beso.

En seguida el teniente Walter ha muerto. Dios haya recogido su alma.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

XLI.

¿Y EL PIE DERECHO DE WALTER?—BIEN DAMOS DE COMER A LOS TIBURONES.—SE COGEN TRES PECES.—SE RENUEVA LA TENTATIVA.—LOS TIBURONES—EL CONTRAMAESTRE.—¡POBRE WALTER!

8 de Enero.

Durante toda la noche he permanecido junto al cuerpo del desgraciado Walter, y varias veces miss Herbey ha venido á rezar por el muerto.

Al amanecer el cadáver estaba enteramente frío. Tengo prisa...sí, prisa de arrojarle al mar, y pido á Roberto Kurtis que me ayude en esta triste operación. Cuando le envolvamos en sus miserables vestidos le precipitaremos á las

olas, y gracias á su extrema flaqueza creo que no sobrenadará.

Al nacer el alba, Roberto Kurtis y yo, tomando ciertas precauciones para no ser vistos, sacamos de los bolsillos del teniente algunos objetos para remitirselos á su madre si alguno de nosotros sobrevive.

En el momento de envolver el cadáver en los vestidos que van á servirle de sudario, no puedo contener un ademán de horror.

Le falta el pié derecho y la pierna no es más que un muñon sangriento.

¿Quién es el autor de esta profanación.

He sucumbido á la fatiga durante la noche y sin duda se han aprovechado de mi sueño para mutilar este cuerpo. ¿Pero quién lo ha mutilado?

Roberto Kurtis mira en torno suyo y sus miradas son terribles. Pero todo está como de ordinario á bordo y no se interrumpe el silencio sino por algunos ge-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Folio. 1025 MONTREY, N.M.

midos. Quizá nos espían. Apresurémonos à arrojar esos restos al mar para evitar escenas más horribles.

Así, después de haber pronunciado algunas oraciones, lanzamos el cadáver à las olas en las cuales se hunde inmediatamente.

¡Trueno del cielo! ¡Bien damos de comer à los tiburones!

—¿Quién ha hablado así? Me vuelvo es el negro Jynxtrop.

El contra maestre se encuentra cerca de mí en este momento.

—Ese pié, le digo ¿cree usted que esos miserables?.....

—¿Ese pié?... ¡Ah sí! me responde el contra maestre en tono singular. Por lo demas, estaban en su derecho.

—¡En su derecho! exclamo.

—Caballero, me dice el contra maestre, vale más comer un muerto que un vivo.

A esta respuesta friamente dada no sé qué responder y voy à tenderme à popa de la balsa.

Hácia las once ocurre un incidente feliz. El contra maestre, que desde por la mañana ha echado sus anzuelos ha tenido buen éxito esta vez y ha cogido tres grandes peces. Son tres gados de gran tamaño de ochenta centímetros de longitud que pertenecen à ese especie que se ca se conoce bajo el nombre de *stokfish*.

Apenas el contra maestre ha subido à bordo los tres peces, los marineros se arrojan sobre ellos. El capitán Kurtis, Falsten y yo, nos lanzamos para contenerlos y el orden queda en breve restablecido. Son poco tres gados para catorce personas, pero al fin cada uno recibe su parte.

Los unos devoran los peces crudos y aun puede decirse que vivos, y estos son los más. Roberto Kurtis, Andrés Letourneur y miss Herbey tiene ánimo para esperar; encienden en un rincón de la balsa algunos trozos de leña y asan su carne. Yo no he tenido tanto valor y he comido esta carne toda ensangrentada.

Mr. Letourneur no ha sido mas paciente que yo y que tantos otros; se han arrojado como un lobo hambriento sobre su parte de pez. Este desdichado que no ha comido en tan largo tiempo ¿cómo vive todavía? No puedo comprenderlo.

He dicho que el júbilo del contra maestre ha sido grande al retirar sus cañas, y en efecto el júbilo ha llegado hasta el delirio. Ciertamente si tiene buen éxito la pesca, todavía puede salvarnos de una muerte horrible.

Acabo de hablar con el contra maestre y le animo á que renueve su tentativa.

Si me dice, si sin duda la renovaré... la renovaré.

—¿Pero por qué no echa usted desde luego otra vez los anzuelos? le he preguntado.

—No ahora, me responde de una manera evasiva. La noche es más favorable que el día para la pesca de los grandes peces y es preciso economizar el cebo. ¡Qué estúpidos somos en no haber

conservado un poco de esos peces para cebar los anzuelos!

—Es verdad, y la falta es quizá irremediable. Sin embargo, le digo, pues que ha sido usted tan afortunado la primera vez sin cebo...

—Es que lo tenía.

—¿Y bueno?

—Excelente, pues que los peces han mordido el anzuelo.

Miro al contra maestre y él me mira á su vez.

—¿Le queda á usted algo con que cebar? le pregunto.

—Sí, responde en voz baja, y se separa de mí sin añadir una palabra.

El alimento que hemos tomado escaso y todo nos ha devuelto algunas fuerzas y con ellas un poco de esperanza.

Hablamos de la pesca del contra maestre, y nos parece imposible que no tenga buen éxito por segunda vez. ¿Se cansará al fin la suerte de perseguirnos?

Prueba incontestable del consuelo que

han tenido nuestros ánimos es que volvemos à hablar de lo pasado.

Nuestro pensamiento no está ya fijo tan solo en este presente doloroso ni en el horrible porvenir que nos amenaza.

Los Letourneur, Falsten, el capitán y yo recordamos los hechos ocurridos desde el naufragio; los compañeros que han desaparecido, los pormenores del incendio, el momento en que encalló el buque, el arrecife de la Roca del Jamón, la vía de agua, la espantosa navegación sobre las gavias, la balsa, la tempestad, todos esos incidentes que ya nos parecen lejanos. Sí: todo eso ha pasado y vivimos todavía.

¡Vivimos! ¿Pero se puede llamar vivir à esto? De veinse y ocho que éramos no somos ya más que catorce y pronto quizá no seremos sino trece.

—¡Mal número! dice el joven Letourneur, pero nos castará trabajo encontrar uno que haga el catorce.

Durante la noche del 8 al 9, el contra-

maestre ha echado de nuevo las cañas à popa de la balsa y ha permanecido vigiándolas sin querer confiar este cuidado à nadie.

Por la mañana me àcerco à él; comienza à despuntar el día y sus ojos ardientes tratan de penetrar la oscuridad de las aguas.

No me ha oído, ni siquiera me ha visto llegar.

Le toco ligeramente en el hombro y se vuelve hácia mí.

—¿Qué hay, contraemaestre?

—Hay, responde con voz sorda, que esos malditos tiburones han devorado mis cebos.

—¿No le queda à usted más?

—No.

—¿Y sabe usted lo que prueba eso, caballero? añade apretándome el brazo. Eso prueba que no es preciso hacer las cosas à medias.

Le he puesto la mano en la boca. Lo he comprendido todo.

¡Pobre Walter!

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

XLII.

CALOR EXCESIVO.—VARIACIÓN DE REGIMEN.
—OCEANO INFINITO.—¡BUQUE!—ERA UNA
ILUSIÓN.—ABATIMIENTO.—DOLORES DE
OWEN.—ENVENENADO.

Del 9 al 10 de Enero.

Hoy vuelve á reinar la calma; el sol es ardiente la brisa ha caído por completo y ni una arruga se presenta en las largas ondulaciones del mar, que se levanta insensiblemente. Si no hay alguna corriente, cuya dirección no es imposible averiguar, la balsa debe estar absolutamente inmóvil.

Digo que el calor es hoy intolerable y por consiguiente, nuestra sed es más intolerable todavía. La falta de agua nos hace padecer cruelmente por primera

vez y preveo que nos va á causar tormentos más insoportables que los del hambre. Ya la mayor parte de nosotros tienen la boca, la garganta y la faringe contraídas por la sequedad, las mucosas se endurecen bajo este aire cálido que aspiran.

A instancias mías, el capitán ha modificado esta vez el régimen habitual, concediendo doble ración de agua, y hemos podido satisfacer la sed bien ó mal, cuatro veces al día. Digo bien ó mal, porque esta agua conservada en el fondo de la barrica, aunque cubierta de una tela, está verdaderamente tibia.

En suma, el día ha sido malo. Los marineros bajo la influencia del hambre, se abandonan de nuevo á la desesperación.

La brisa no se ha levantado hasta que ha salido la luna que hoy está casi en su lleno. Sin embargo, como las noches de los trópicos son frescas, experimentamos algún alivio; pero durante el día la temperatura es insoportable y hay que ad-

mitir en vista de una elevación tan sostenida que la balsa ha sido arrastrada considerablemente hácia el Sur.

En cuanto á la tierra, ni siquiera tratamos de observar si existe; parece que el globo terrestre no es más que una esfera líquida: siempre y por todas partes este Océano infinito.

El 10 la misma calma y la misma temperatura. Es una lluvia de fuego que nos envía el cielo, es aire inflamado el que respiramos. Nuestra sed es irresistible y llegamos á olvidar los tormentos del hambre, suspirando con furiosos deseos por el momento en que Roberto Kurtis distribuya las pocas gotas de agua de nuestra ración. ¡Ah, cómo deseamos beber hasta hartarnos, aunque debiésemos agotar nuestra reserva y morir después!

En este momento, las doce del día, uno de los compañeros acaba de ser atacado de dolores agudos que le arrancan gritos.

Es el miserable Owen que echado á proa se retuerce entre convulsiones espantosas.

Me acerco á él. Cualquiera que haya sido su conducta, la humanidad manda que veamos si es posible darle algún alivio.

En este momento el marinero Flaypol dá un grito. Me vuelvo hácia él.

Flaypol está de pié subido en uno de los aleros del mástil y señalando con la mano al Este un punto del horizonte grita:

—¡Buque!

Todos nos ponemos en pié y un silencio absoluto reina en la balsa. Owen conteniendo sus gritos, se levanta como los demás.

En efecto, en la dirección indicada por Flaypol, aparece un punto blanco. ¿Pero se mueve aquel punto? ¿es un vela? ¿qué piensan los marineros cuya vista es tan penetrante?

Observo á Roberto Kurtis que con los

brazos cruzados examina el punto blanco. Sus mejillas son prominentes; todas las partes de su rostro se hinchan à consecuencia de la contracción de la orbicular, sus cejas se fruncen, sus ojos están medio cerrados y ponen en la mirada todo el poder de visión de que es capaz. Si ese punto blanco es una vela, no se equivocará.

Pero mueve la cabeza y deja caer los brazos.

Miro. El punto blanco no está ya allí. No es un buque es un reflejo cualquiera, una cresta de una ola que ha subido más que las otras, ó si es un buque ha desaparecido de nuestra vista.

Un abatimiento inmenso sigue á este instante de esperanza. Todos volvemos à nuestro sitio acostumbrado; Roberto Kurtis permanece inmóvil, pero no observa ya el horizonte.

Entonces comienzan de nuevo y con más violencia los gritos de Owen que se

retuerce entre horribles dolores y su aspecto es verdaderamente espantoso. Tiene la garganta oprimida por una contracción espasmódica, su lengua está seca, el vientre abultado, el pulso pequeño, frecuente é irregular. El infeliz experimenta grandes movimientos convulsivos y hasta sacudidas tetánicas. Al notar estos síntomas no puede quedarnos la menor duda de que Owen está envenenado por un óxido de cobre.

No tenemos los medicamentos necesarios para neutralizar los efectos del veneno; sin embargo, se pueden excitar los vómitos para hacer salir las materias contenidas en su estómago. El agua tibia debe producir este resultado; pido à Roberto Kurtis un poco de agua y el capitán me la concede. Agotado el líquido de la primera barrica, voy à tomar de la segunda que está todavía intacta, cuando Owen se levanta sobre las rodillas y con voz que ya no es humana grita:

—¡No, no, no!

¿Por qué no? Vuelvo al lado de Owen y les esplico lo que quiero hacer, pero me responde más enérgicamente que antes que no quiere beber de aquella agua.

Trato entonces de provocar los vómitos del desgraciado excitando sus fauces con un pedazo de madera y pronto vomita materias azuladas. Es evidente que Owen está envenenado con sulfato de cobre, con caparrosa, y que no es posible salvarle.

Pero ¿cómo se ha envenenado? Los vómitos le producen algún alivio. Puede al fin hablar; el capitán y yo le preguntamos:

No trataré de describir la impresión que ha producido en nosotros la respuesta de este desdichado.

Owen impulsado por una sed atroz ha robado algunos cuartillos de agua de la barrica intacta. El agua de esta barrica está envenenada.

XLIII.

MUERTE DE OWEN.—NO TENEMOS AGUA.—DESCOMPOSICION DEL CADAVER.—LA SED. BAÑOS DE MAR.—HAY EN EFECTO UN BUQUE A LA VISTA —EL PAÑUELO DE MISS HERBEY.—¡VIRA!—SE ENCIENDE FUEGO.—EL BUQUE TOMA OTRAS AMURAS.

Del 11 al 14 de Enero.

Owen ha muerto durante la noche entre sacudidas tetánicas que han llegado á un alto grado de violencia.

Es demasiado cierto. La barrica envenenada ha contenido en otro tiempo caparrosa: el hecho es evidente. Ahora, ¿por qué fatalidad esa barrica ha sido convertida en depósito de agua y por qué fatalidad más deplorable todavía ha